

DE COMPRAS POR LA CIUDAD

Cuando entre los años del 1915 al 1920 era D. Eduardo Dato Presidente del Consejo y Diputado por Vitoria, solía veranear entre nosotros y aquí lo visitaba de vez en cuando su correligionario Sánchez Guerra. Contaba éste que cierta tarde salió con el propósito de adquirir unas cuantas especialidades de la localidad.



Sastrería Ibarra, en la calle Postas

Foto: José María Parra (Año 1955) Fuente: AMVG

Pretendió primero que Hernández le hiciera unos zapatos a la medida.

— ¿A la medida se va usted a hacer? - le decía éste. - Fíjese que hay que tomarle la horma, probárselos luego y todo ello lleva mucho tiempo; nada, nada, vaya a casa del fulano y allí encontrará zapatos hechos y a su gusto.

Y dándole palmadas en la espalda lo despidió hasta la puerta.

Acudió luego a una acreditada repostería famosa por sus dulces en conserva, pero como acababa entonces la recolección de la pera al pedir unas latas de varias clases le dijo la dependienta:

— ¡Estamos con la pera!
— Bueno, pero no les queda a ustedes de otra clase?
— ¡Como estamos con la pera! - repetía incansable y terca la susodicha.

Total que hubo de marcharse sin conseguir comprar los anhelados dulces.

Entró por último en una también conocida tienda de regalos, pues tenía que hacer uno para una boda y al pedir que le enseñaran varios objetos para elegir, saltó la encargada:

— ¡Si no dice qué!

— Pues enséñeme algunos objetos para que yo pueda escoger.

— ¡Si no dice qué!, insistía la otra.
En resumidas cuentas que tampoco pudo adquirir el regalo apetecido.

— Pues señor, decía Sánchez Guerra, aquí los comerciantes deben ser millonarios, ya que nadie quiere venderme nada.

En materia de compras, D. Laureano Tejada que usaba botas de plástico sólo se compraba aquel par, con el que dando sendas patadas salían ambas por el aire, pues le gustaban verdaderamente amplias.

Cosa parecida le ocurría al Conde de La Puebla que probaba los automóviles con el sombrero de copa puesto, adquiriendo aquél en el que podía entrar y salir sin pegar con el tubo en el techo. Y cuando el representante de un moderno modelo americano pretendía vendérselo, se lo vio aparecer en un ancestral coche inglés de aquéllos que tenían la carrocería en forma de paralelepípedo.

Todo quedó explicado con lo de la chistera.

Álvaro Vidal-Abarca (año 1976)